

SUBIRSE AL OMBÚ PARA SALIR DEL LABERINTO. RESEÑA DE ARIADNA. PARA UNA TEORÍA DE LA COMUNICACIÓN

Climb the ombú to exit the maze. Review of Ariadna. Para una teoría de la comunicación

Ramiro Parodi (IIGG – CCC)

ramiro.parodi@hotmail.com

Recibido: 16 de marzo de 2020

Aceptado: 01 de junio de 2020

Identificador permanente (ARK): <http://id.caicyt.gov.ar/ark:/s18535925/k6b2r8gx2>

|1|



Caletti, S. (2019). *Ariadna. Para una teoría de la comunicación*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes

Hay una anécdota común entre estudiantes de Ciencias de la Comunicación (al menos en la Universidad de Buenos Aires): sorteado el Ciclo Básico Común, un joven ingresa a los pasillos de la Facultad de Ciencias Sociales, comienza a estudiar, lee cantidades de las que no sabía que era capaz, descubre que escribir es una manera de aprender, se encuentra con autores que redactaron lo que él siempre pensó (y nunca pudo poner en palabras) y desarrolla una capacidad crítica que no está muy claro qué es pero que, sin lugar a dudas, da cuenta de las notas de una voz propia que comienza a constituirse. Ha crecido subjetivamente, se ha fortalecido de conocimiento, amistades y discusiones. Sin embargo, cuando en una reunión familiar, lejos de la calurosa hospitalidad de su universidad, le preguntan qué son las ciencias de la comunicación no puede responder con firmeza.

El libro de Sergio Caletti, *Ariadna. Para una teoría de la comunicación* (UNQ, 2019), da cuenta de ese problema. Recoge el poco claro trazado de límites y contornos que delinean qué son las ciencias de la comunicación. Sin embargo, eso no debe ser necesariamente un obstáculo para polemizar en torno a sus alcances. Aunque sí requiere de su explicitación y discusión ya que, de no hacerlo, se corre el riesgo de caer en las fauces de cualquier captura ideológica.

Ariadna retoma y dialoga con una serie de reflexiones que han mapeado el campo de las ciencias de la comunicación. Denis McQuail (1991) produjo una investigación en torno a los medios de comunicación de masas, se preguntó por su historia, modelos y

problemas. La tesis que recorre el texto, y que comparten M.L. De Fleur y S.J. Ball-Rokeach (1994), es que la comunicación no tiene una historia propia, sino que es la historia de la cultura la que la determina. Ambas posturas se inscriben en la tradición de la *Mass Communication Research* y vinculan fuertemente a la comunicación con los medios. De ahí el interés por el impacto de los mensajes en las masas.

Los textos de Armand Mattelart -en particular *La invención de la comunicación* (1995)- también han buscado balizar el amplio campo de las teorías de la comunicación. El investigador, produce un distanciamiento para con los medios de comunicación e intenta dar cuenta del carácter múltiple que habita en el seno de estas ciencias. Esta estrategia puede traducirse también en un ensayo por no hacer de los medios de comunicación el objeto de estudio de las ciencias de la comunicación. El trabajo de Erick R. Torrico Villanueva (2004) es un ejemplo de esta vía ya que parte de la interdisciplinariedad del campo y enseña el carácter procesual que habita en sus investigaciones para evitar caer en la delimitación de un objeto que, más que aclarar, termine por disciplinar a la comunicación. La intención de estas perspectivas es no hacer de la historia de los medios la historia de las teorías de la comunicación. Según Torrico, la comunicación no es una ciencia sino que determina una mirada o una entrada para la aprehensión de lo social aunque admite que no es posible su existencia por fuera de las ciencias sociales. Según Miguel Rodrigo Alsina (2001) el problema es similar, el objeto se resiste. Su estudio busca no restringir a las ciencias de la comunicación a un objeto como los medios para avanzar sobre un trazado de las relaciones teóricas.

Ariadna recupera muchas de estas propuestas y busca producir un aporte sentando posición acerca de la necesidad de recuperar el complejo entramado teórico del que se nutren las ciencias de la comunicación. El libro de Caletti se encuentra más próximo a las perspectivas de Alsina, Torrico y Matelart que a las de McQuail, De Fleur y Ball-Rokeach porque desplaza el problema de la ciencia al de la teoría ampliando su alcance al no restringirla a un objeto: “Se trata, antes bien, de una zona de investigación y reflexión teórica que pone bajo su lupa un nivel, una dimensión de los fenómenos de la vida social” (Caletti: 2019, 43).

La historia de este texto está fuertemente ligada a la biografía de Caletti quien trabajó en un heterogéneo campo donde desarrolló el periodismo, la comunicación política, la docencia y la gestión universitaria. Comenzó su trayectoria como periodista en las revistas *Leoplán* y *Análisis*. Posteriormente trabajó en el diario *El Cronista* y militó en la Tendencia Revolucionaria Peronista. Poco antes del golpe de Estado de 1976 se exilió y transitó por París y Roma hasta asentarse en México. En ese período se destacó su participación en las revistas *Controversia* y *Comunicación y Cultura*. No se trata aquí de hacer una biografía de Caletti sino de tan solo nombrar algunas de las incursiones que abonaron su compromiso con diversos proyectos intelectuales. Digamos que esa “experiencia argentina” recoge memorias amplias, saberes de ciudades distintas y escrituras comprometidas con su territorio.

Es justamente en *Comunicación y Cultura*, revista editada por Héctor Schmucler y Armand Mattelart entre los años entre 1973 y 1985, donde uno encuentra las primeras teorizaciones de Caletti sobre el campo de la comunicación. Por ejemplo, en el número 10 de 1983, se publica el artículo *Reflexiones sobre teoría y cambio social* en el que

ensaya una reflexión sobre una historia propia de la comunicación a partir de tres relaciones: desarrollismo, denunciismo y alternativismo. Ese mismo año sale, en el número 13, el texto *El nuevo orden informativo: un fantasma del viejo pasado*. Allí ya es posible observar una tendencia a la sospecha sobre conceptos que se van forjando en torno a la comunicación donde los estudios más que adoptarlos deberían discutirlos.

En la década del 90 profundiza sus investigaciones sobre las teorías de la comunicación y produce una serie de textos para diversas revistas especializadas. *Ariadna* es el esfuerzo por reunir esos saberes y ponerlos a disposición de maestros, estudiantes y todo aquel que quiera recorrer el “hall” de la comunicación y abrir sus distintas puertas. Para definir su trayectoria se podrían utilizar las mismas palabras que él escribió para homenajear a su amigo Nicolás Casullo: “Nicolás era parte de otra cosa, y no me animo a decir ni grupo ni generación, aunque tenga pizcas de ambos. Digamos mejor que él era parte de otra "experiencia argentina". Este estatuto es el que le permite ligar los estudios en comunicación a una perspectiva que evite falacias conceptúas como “el supuesto desencuentro entre teoría y profesiones.” (Caletti: 2019, 23).

Los manuscritos que conforman este texto fueron elaborados entre 2000 y 2003. Es un rasgo común en esta escritura encontrar un fuerte desarrollo teórico ligado a los problemas de su coyuntura: la relación entre comunicación, política y democracia (que no es la del marketing y la comunicación política), el vínculo entre comunicación y consumo, la especificidad que pueden aportar los estudios en comunicación al amplio problema de la cultura.

Las dos presentaciones que acompañan a *Ariadna* fueron escritas por colegas de Caletti y exponen esta propuesta que lejos está de ser la de un nuevo manual de la comunicación digerido para el lector. Tanto Natalia Romé como Carina Muñoz coinciden en resaltar que el texto se nutre de las clases magistrales que su autor dio en las distintas universidades donde fue docente. Muñoz describe a Caletti como un “maestro” en el sentido fuerte del término: “un magisterio encarnado con talante de polemista ante aquellos con quienes mantuviera intercambios de cierto aliento”. Mientras que para Romé el autor conjuga su compromiso coyuntural con la necesidad de construir una comunidad en torno a las teorías de la comunicación. El proceso de elaboración del libro termina por reforzar este estrecho vínculo con el mundo universitario ya que fue resultado de un trabajo colectivo de adaptación del texto original por parte de docentes e investigadores que se formaron con Caletti.

El libro es una entrada pedagógica para proponer una teorización de la comunicación basada en una discusión constante que funciona como el coagulante de una comunidad que no se asume como tal. Enseña comunicación con una clara impronta teórica que habilita una práctica del pensamiento capaz de convocar a la organización de un campo. La elección e inclusión del prefacio, *La comunidad que falta*, conferencia pronunciada ante la Federación Argentina de Carreras de Comunicación Social en 2006, es un ejemplo de esta búsqueda.

El modo en el que Caletti describe al campo de la comunicación se asemeja a la forma de un ombú. En la Ciudad de Buenos Aires, el ombú crece de un modo horizontalmente anárquico, presenta más de un tronco y tiende a quebrar los cercos que se le suelen imponer mediante baldosas. Caletti enseña la complejidad de mapear a las ciencias de la

comunicación: sus raíces se ven, sus ramas se entrecruzan y se expande tanto que es difícil establecer sus límites. En su rol de maestro señala la urgencia por teorizar este campo que nunca comenzó pero que siempre estuvo en marcha.

El texto no se contenta con el concepto de *transdisciplinariedad* para resolver esta complejidad. Para Caletti es solo el comienzo. Se parte del carácter transdisciplinario de las ciencias de la comunicación para adentrarse en los efectos que esto tiene en una disciplina. De este modo, el libro recupera las herencias teóricas del mundo de la comunicación a la par que va desmintiendo distintas evidencias que en su entorno se fueron forjando. Por ejemplo, que la comunicación es un campo de investigación nuevo. Fórmula fuertemente repetida y generalmente asociada al momento en el que comenzaron a fundarse las carreras. Sin embargo, parte del trabajo por dar cuenta de una teoría es plantear una historia propia, una que sea producida por sus actores, que nazca al calor de sus polémicas y no sea impuesta desde afuera por algún objeto de estudio o necesidad del mercado de la pedagogía.

Historizar, entonces, es una tarea que el libro desarrolla y, tal como anticipamos, desde una perspectiva abierta a los debates con, por ejemplo, quienes señalan la existencia de una “comunicología”. El debate desborda incluso el campo de la comunicación ya que para Caletti no es posible reducir a la comunicación a los componentes que dieron lugar al actual ordenamiento de disciplinas: “una zona empírica delimitable de “objetos propios”, una teoría y un método para investigarlos” (2019, 46).

De ahí que pueda leerse: “Digámoslo de una vez: los estudios de comunicación no constituyen -al menos hasta el momento- una disciplina en el sentido propio del término”. Esta historización calettiana no pretende datar el origen y los hitos de las ciencias de la comunicación como si fuera su historia oficial. Por el contrario, muestra el aporte específico de algunos troncos nodales como la Escuela de Frankfurt, La *Mass Communication Research* y la lingüística de Ferdinand de Saussure, de estos tres troncos nacen otros dos, los formalistas rusos y la semiótica de Charles Peirce.

De ahí el “estatuto complejo” de las ciencias de la comunicación. No se trata de una combinación que da un resultado feliz. Se trata de problemas que se relacionan y se desconocen; de lo que una escuela le hace a un laboratorio cuantitativo y de cómo un corte epistemológico en la lingüística afecta la constitución de un campo teórico.

Una historización que busque establecer un “recorte” y delimitar el contorno de las ciencias de la comunicación requiere de algunos nombres que se presentan como “padres fundadores”. El caso de *Ariadna* es otro, este ombú no tuvo “origen” sino “fundaciones” (así, en un plural) y no tuvo “padres” sino una multiplicidad de investigaciones sobre las que hay que producir una lectura y una interpretación que genere un nuevo brote. Por dar un ejemplo, no se trata de “toda” la Escuela de Frankfurt sino, particularmente, de sus desarrollos en torno a la industria cultural.

Producir la historia no es resumir las corrientes ya conocidas sino singularizar sus asombros a la luz del campo de las teorías de la comunicación. A partir de allí es posible visibilizar qué es la transdisciplinariedad y pensar, siguiendo el ejemplo de la Escuela de Frankfurt, la relación entre estética, marxismo y teoría crítica. Esta operación sobre los distintos troncos de las teorías de la comunicación se repite en pasajes más o menos

sistemáticos pero es rastreable una preocupación constante por producir el siguiente movimiento: 1) particularizar una de las fundaciones, 2) mostrar su complejidad y 3) señalar por qué es posible afirmar una relación con las teorías de la comunicación. Tejiendo este entramado teórico, avanza la escritura de Caletti.

Esto no lo exime de producir una historia de los medios pero esta no está en función de ellos sino en función de las teorías de la comunicación. Caletti produce ese desvío evitando caer en una línea temporal que dé cuenta del “nacimiento” de la prensa, la radio o la televisión. Retoma a estos soportes como procesos sintomáticos de la historia de la cultura. De allí que intente mostrar su relación con las clases sociales, la transformación que acontece en el espacio público y del acecho ideológico que se desarrollan a la par como los sondeos de opinión y el marketing político. En este sentido, el libro puede ser leído como una crítica anticipada de los procesos de neoliberalización del propio campo de la comunicación.

Caletti expone los modelos de la comunicación a través de la incómoda y abstracta pregunta ¿De qué hablamos cuando hablamos de comunicación? Los modelos se separan de las fundaciones pero, como las ramas de nuestro ombú, se vuelven a reencontrar. Por ejemplo, el modelo de la “tuba” de Wibur Schramm crece separadamente del tronco *Mass Communication Research* y, sin embargo, es fuertemente retomado por esta escuela por su interés por la comunicación masiva. Lo mismo sucede con el modelo de Michel Pêcheux el cual crece en un campo distinto al de la lingüística de Ferdinand de Saussure pero permite pensar una teoría materialista del discurso justamente en su relación con esta tradición.

Ariadna no se presenta como un manual porque no reduce el estatuto complejo de las teorías de la comunicación sino que lo describe. En este afán no se contenta tampoco con fundaciones y modelos sino que, el movimiento que reúne este complejo entramado, da cuenta de la fuerte declinación que las teorías de la comunicación han tomado a partir del denominado “giro lingüístico”. Este escenario supone la convergencia de autores, disciplinas y tradiciones distintas que alteran el campo de la comunicación. Claramente determinadas por la lingüística pero que sería insuficiente reducir a esta ciencia.

Este “giro” fue una fuente de agua fresca para las teorías de la comunicación porque les permitió sentar posición sobre la investigación de la comunicación en clave de producción social de significaciones. Si uno recorre *Ariadna* encuentra un esfuerzo por desarrollar esta línea que se nutre de la categoría de “discurso” y las reflexiones en torno a la opacidad del lenguaje desde autores como Michel Foucault, Ernesto Laclau, Eliseo Verón, Émile Benveniste, Charles Peirce o el ya nombrado Pêcheux.

Caletti no ahorra en complejidad y muestra la ramificación que al interior de las teorías de la comunicación produjo esta corriente. El “giro lingüístico” riega a las perspectivas culturalistas y a las que problematizan la dimensión ideológica. Allí están los autores y los conceptos (en algunos casos) compartidos pero cada una con su singularidad; abocadas a pensar los sujetos, el espacio público, los problemas del sentido y la política. El ombú se expande horizontalmente, funda nuevos troncos y se compromete con su territorio. Avanza incorporando y no recortado.

¿Por qué tanto esmero en describir cada detalle de este ombú que no para de crecer?
¿Por qué no contentarse con el libre fluir de saberes que por motivos ajenos a nuestro conocimiento terminan reunidos bajo un edificio único? ¿Por qué tomarse el trabajo de pensar en una unidad que vaya más allá de las instituciones? ¿Por qué no aceptar, en definitiva, que la comunidad de la comunicación falta?

El estatuto teórico conlleva la posibilidad de una defensa ante cualquier embestida ideológica. El polemista y maestro lo sabe. Dar cuenta del fondo teórico de este campo complejo y transdisciplinar es el modo más eficaz de cuidarlo. El hilo de *Ariadna* es solo el comienzo.

Bibliografía

Alsina, M. (2001). *Teorías de la comunicación. Ámbitos, métodos y perspectivas*. Barcelona: Aldea Global.

Ball-Rokeach, S.J. y De Fleur, M.L. (1994). *Teorías de la comunicación de masas*. México: Paidós.

Caletti, S. (2008). Nicolás, los 20 años de Sociales, y tantas cosas más (Compañero del alma, compañero). *Revista de Ciencias Sociales*, 72, 34-35.

Mattelart, A. (1995). *La invención de la comunicación*. México: Siglo XXI.

McQuail, D. (1991). *Introducción a la teoría de la comunicación de masas*. Buenos Aires: Paidós.

Torrío Villanueva, E. (2004). *Abordajes y períodos de la teoría de la comunicación*. Bogotá: Norma.